

 AYUNTAMIENTO DE
VICAR (Almería)
15 FEB 2008
REGISTRO DE ENTRADA
Núm.16.....

RELATO CORTO.

Europa

Seudónimo: Shaira

Octubre 2016

«Dicen que existe un país llamado Europa. En realidad es un continente. Allí a los niños no se les hincha el vientre, no tienen lombrices, y el agua sale de los grifos, siempre...»

Con estas palabras, que dijiste bajito, decidí quedarme contigo. Había otros pretendientes: unos tenían fuerza, otros destreza para la caza y algunos, además, bonita dentadura; pero tú me hablaste de Europa...

Y al día siguiente, acabada la fiesta, fuimos al anciano a pedir su bendición y mi padre, en la siguiente luna, mató un cabrito para nuestro desposamiento.

Y en la noche que me fecundaste, sentí en mis pechos un nuevo latido: «Si es niña— pensé—, se llamará Europa».

Pero fue un hermoso niño de ojos grandes como misterios, y te fuiste a la ciudad para trabajar, para que el niño pudiera estudiar, ser alguien, y, quizá, algún día viajar al continente de la bondad, donde el derecho a las escuelas y a los médicos era una increíble realidad.

Pasaron tres estaciones de lluvia y mi vientre preñado volvía a brillar. Y en una noche de ternura y quizá también de locura, me ofreciste la oportunidad: viajaría a Europa, donde gracias a mi *preñadura*, me acogerían y darían un futuro mejor a la criatura. Tú, me prometías, algún día volverías a reunirme conmigo, y traerías a nuestro hijo.

—Sin el niño, no voy— te dije, desgarrada.

Y decidiste hipotecarte más. Trabajarías otros cinco años para una plaza más en la barca. Cinco años más... Tardarías, entonces, diez años en volver a besar mis labios, acariciar mi pelo con tus manos y reírte conmigo, a mi lado.

Cinco años más....

El día de la partida, mi abuela, aullaba como una loba. Ella sabía que era un viaje sólo de ida. Que se desgarraban mis raíces de nuestra tierra, pero Samu, nuestro hijo, la consoló. Como si fuera un niño mayor, le dijo que volvería, aunque fuera para honrar sus huesos o lo que quedara de ellos.

Cuando nos despedimos y me uní a la caravana que iba a la costa, recuerdo cómo besando mi frente dijiste:

—Lo lograrás, eres fuerte.

Pero tu voz se volvió ronca, y unas lágrimas lentas bajaban por tu hermoso rostro, como grandes gotas de lluvia. El niño, estaba emocionado. «Cuida a mamá»; le dijiste, lanzando a sus pequeños hombros cargas de adulta responsabilidad.

La ruta hacia la costa, fue dura y larga, pero éramos fuertes, y teníamos el aliento de la esperanza animándonos el alma.

Atrás iba quedando mi tierra de África, donde se camina descalza, sintiendo la tierra en la planta de los pies. Donde en el aire se ventea la vida. Donde las aletas de la nariz saben percibir la llegada del agua. Donde se sabe que si la abandonas, siempre te llamará, hasta que la vuelvas a pisar.

Estuvimos en la costa, esperando un tiempo favorable para poder embarcar y, mientras, nos dieron algunas instrucciones y provisiones. Pero pasaron unos meses en los que se acabó nuestra comida y tuve que venderme para que Samu comiera y no se desnutriera en el viaje.

Perdóname, amor mío, sólo fue un intercambio de mi carne por su pan. Otras, también lo hicieron.

Y llegó el día. En la orilla, entre algunos, hubo una pelea con herida de sangre, porque al final sólo había una barca. Más pequeña de lo que habíamos imaginado. Pequeña e inestable. Y en esa lona hinchable nos metimos como pudimos: Era negra la barca, negra nuestra piel, negra la noche...

El sonido del mar era distinto del que se oía desde la playa. Era un sonido rugiente de amenazas y pesadillas. Y la barca se movía tanto... Contuve mis náuseas todo lo que pude, yo era fuerte, pero empezaron los vómitos de otros, y el mío no quiso retenerse.

Fueron las horas más largas de nuestra vida. No contaré los detalles, porque los oídos de Europa son sensibles y delicados, como los de la niñez. Sólo recordar aquellas horas de muerte me hace sentir escalofríos. Nos advirtieron que: «no nos moviéramos o la barca volcaría», por eso, lo hacíamos todo dentro, casi sin movernos, y si alguien se movía, aterrados, lo mirábamos con odio, como si tuviéramos un veneno en las entrañas. El blanco de nuestros ojos se distinguía en la noche como trozos de páginas en blanco.

En la infernal travesía murieron quince personas. Samu, también. Se cerraron las páginas blancas de sus ojos con tan pocas letras escritas... Mi pobre Samu. Mi niño. ¿Por qué lo traje...?

Cuando llegué a Europa, me pusieron una manta de oro, como la vestidura de una reina. Mientras titiritaba de frío, alguien con un chaleco naranja me acercó un vaso de sopa. Un vaso de papel que no se deshacía a pesar de lo caliente de su líquido; los milagros de este continente. ¿No habrían tenido también algo parecido para salvar a Samuel...? ¿Un barco fuerte que no se moviera como el papel...? Quizá lo tuvieran, pero quién tendría derecho a subirse en él...

Me preguntaron mi nombre, de dónde era, pero no pude decirlo. No porque nos lo hubieran recomendado los de la mafia, para que no nos deportaran, sino porque en mi tráquea, llena de espanto y de algas, se había cerrado a la voz.

Sólo se abrió en forma de grito cuando salió nuestro negrito. Solo grité una vez, para ayudarlo a salir de mi vientre y para que su hermano, allí donde estuviere, supiera que ya estaba aquí.

Después, mi anudada garganta seguía negándose a hablar, a decir, a contar...Yo aquí era la Muda, y el niño; el Negrito.

Me enviaron a una casa de otras mujeres y allí me dieron cama y una cuna mientras me recuperaba del parto. Hice todo lo que se esperaba de mí, pero no podía cantarle la *sikelela*, a nuestro negrito. Ese mar del horror, se llevó con mi niño, mis canciones y mis sonidos. Se tragó hasta mi alma con sus hambrientas fauces. Me devoró, y ni siquiera quiso mi cuerpo, que lo escupió hasta que lo recogieron los buzos negros.

Cuando pasé mi cuarentena, volvieron a trasladarme. Esta vez a otro pueblo, en un barrio de gente de África donde no caía el agua de un grifo; había que ir a buscarla en garrafas. Ni había tanta comida, a veces, hasta había que ir a buscarla a la basura de otros barrios.

Volví a mudarme. Me sentía como una serpiente que muda su piel y la deja por ahí tirada dejando que se seque al sol hasta que se deshaga... Tuve que unirme a un hombre para que me protegiera de la trata, para que otros no me molestaran, para que el niño, al que puse tu nombre, pero con el acento europeo, pudiera tener alguna oportunidad. Para que mi Samu no hubiera muerto en vano y para que tu esclavitud tuviera un sentido. ¿Podrás perdonarme amor mío?

Y pasaron los años y volví a hablar. Nuestro hijo, Ishma, va a la escuela y ha superado todos los cursos. Pronto irá al instituto. Se emociona pensando cómo será, qué aprenderá, cómo serán sus profes... Tiene amigos; negros y blancos, que le quieren y viene a recogerlo para jugar o entrenar al fútbol. Me alegra escuchar por la ventana, cuando lo llaman: «¡Ismael baja!» y entonces se le ilumina su gran sonrisa blanca, se coge un bocadillo y me tira un beso con la mano antes de salir contento por la puerta.

Cada día está más fuerte, y creo que va a ser muy alto, pues los zapatos se le quedan pequeños enseguida. Su comida preferida es el pollo asado. Cuando era más pequeño, algunos domingos, los dueños de un asador cercano, después de cerrar su negocio y de camino a su casa, paraban en nuestra chabola y nos regalaban un pollo. Al principio decían que les había sobrado, pero yo siempre he creído que era por Ishma, (se les notaba que le tenían mucho

aprecio). Nuestro hijo decidió el año pasado que quería ganarse ese pollo, que no quería más limosna, (es tan noble como tú), y desde entonces, se va al asador a la hora de ir cerrando para ayudarles a recoger y echar una mano a este amable matrimonio. Luego, sobre las cuatro, llega tan feliz, con su pollo, patatas, salsa y pan. Esos domingos son como una fiesta. Una fiesta sin baile, que aquí se baila poco. Europa es calmada y comedida.

Yo, ya he aprendido a leer y escribir este idioma. Por las noches una buena mujer, una maestra, venía al barrio, nos traía galletas y nos iba enseñando a escribir las letras, y a leerlas. El primer día que vino con sus lápices y libretas, me miró y dijo que yo era una mujer muy inteligente. «Y valiente», añadió.

Sin embargo, yo me siento una cobarde... pero esa es una cuestión aparte.

No he logrado ahorrar para marcharme. Trabajo mucho, pero a veces, a cambio sólo recibo un poco de arroz y de carne. No he podido contactar contigo para encontrarte, pero he aprendido a escribir el español. Reconozco que aunque ha sido muy difícil, también ha sido motivador, y algunas veces hasta divertido. Nuestro hijo, ya chiquito, me ayudaba con los deberes.

¿Sabes?; en Europa realizan muchos tipos de concursos: de pintura, de fotografía, de escritura... y si ganas, a veces el premio es de dinero. Ahora, que ya sé escribir bien y que cuento con ayuda para corregir, he fantaseado con presentarme a uno de esos concursos, y si gano, alguna vez, ese dinero será para encontrarnos. ¿Sería posible? ¿Será sólo un sueño...?

El hombre con el que vivo, (que no es malo y nos ha respetado siempre), ya ha reunido lo que necesitaba para marcharse a Senegal a buscar una esposa y comprar una casa. Yo quedaré libre pero con un hijo más en mi vientre.

Europa se preocupa por la mujer y tienen organismos para ayudarnos: Asociaciones, Centros Municipales, abogadas, sicólogas, etc. Hay una mujer, que trabaja en el Trabajo Social, que me está apoyando mucho. Me buscó un buen trabajo, y me ánima a aprender más. Hasta me ha apuntado a un curso donde he aprendido a usar el ordenador. Ella me está ayudando a encontrarte. Aunque no aspiro a nada de tu parte, sólo que conozcas a tu hijo. No pretendo que de nuestro amor te quede alguna huella ni sé si voy quedarme. Respetaré tu nueva casa, que sé que te marchaste a otra ciudad y por eso perdí tu rastro. Allí seguro que has rehecho tu vida. Tienes el derecho y el deber.

Shaira

Enero 2016

No vas a creerlo amor mío, pero esta Navidad, a una de las mujeres donde trabajo, le tocó la lotería. Toda su familia estaba revolucionada. Hubo hasta peleas porque ella dijo que quería ayudar a un niño refugiado sirio. Que vienen a Europa como langostas pidiendo auxilio. Ellos también vienen por el mar y por los campos fríos, llenos de tristeza y de barro.

Pero Europa ya no los quiere. Y los pobres empiezan a morir de fiebre, de pena y de hambre. Y Europa, tan generosa, estrecha sus puertas.

Pues la bendita señora, me dijo:

—Toma Shaira, te doy tres mil euros, para que vayas a visitar a tu gente, luego, si decides volver, aquí tienes un trabajo. Nunca olvidaré cómo cuidaste a mi madre en sus últimos días...

Esa noche no pude dormir. Lloraba y temblaba de alegría.

La trabajadora social, me aconsejó que no me fuera, que el niño ya es español, que está integrado y que allí no se sabe qué puede depararle el destino. Pero yo le hablé de ancestros, desarraigos y de hacer lo correcto. Y ella, Rebeca, me abrazó y me ayudó a preparar el viaje. Creo que será de ida y de vuelta.

Y aquí estoy en el aeropuerto de Madrid, con ansiedad, alegría y nuestro niño, convertido, ya, en un hombrecito. Llevo también mi nueva barriga y este relato, que enviaré por internet a Rebeca, porque ella me dijo, que aunque no ganara el premio, merecía contarlo. Que, al menos, el jurado leyera mi historia. Que se supiera más sobre el desarraigo.

Pero siento que mi historia ya ha acabado. Que la de Ishma aún no ha empezado, y que si me descuido, y dejo que pase el tiempo, será a él a quien le suceda otro desarraigo.

¿Podrás reconocerme, amor mío...?

Shaira